

Laura vivía en una pequeña ciudad de provincia. Era por el año novecientos, en aquella etapa sosa de la Historia en que apenas en las grandes ciudades ocurría nada trascendental. Por lo tanto, no es extraño que en esta ciudad pequeña, de clima frío y desapacible, la vida se deslizase igual, monótona y gris, sin una nota de color alegre en la procesión de los días. Era la ciudad como un estanque en la época invernal, cuando el cielo plomizo se refleja en sus aguas, cuando la risa de los niños no se asoma a su superficie ni viene a romper su quietud fría esa menuda piedrecilla que, al hundirse, deja tras de sí alegres círculos de ondas oscilantes.

Pero, he aquí que, de pronto, un buen día, el aspecto de la ciudad cambió. La llegada de un circo ambulante, con su cortejo de carros llenos de cachivaches y objetos extraños, con sus animales amaestrados y sus hombres que hablaban un lenguaje imperfecto, mezclado de palabras extranjeras, vino a sacarla de su tedio cotidiano, llevando hasta ella el aliento nuevo, bullicioso y exótico, de los titiriteros. Su vida, libre de las menudas trabas burguesas, su existencia andariega, pendiente siempre del azar, eran para los habitantes de la ciudad como el vuelo rápido del pájaro libre junto al pobre pajarillo enjaulado.

Cuando llegaron un enjambre de chiquillos salió a su encuentro. Laura, cuya casita se hallaba en un arrabal, junto a la carretera, los vio entrar rodeados de esta escolta que aumentaba a cada instante. Parecía que los chicos surgían de cada esquina, de detrás de los árboles y hasta de cada piedra de las mal adoquinadas callejas.

Laura ya no era ninguna niña. Andaba cerca de los treinta años; sin embargo, asomada a su pequeño balcón, contemplaba la llegada de la pintoresca caravana con alegría completamente infantil. El circo, al pasar, inundaba su alma de una luz fresca, aniñándola, y sintió que algo en su interior se rompía. Algo que, como una espesa cortina, se había interpuesto hasta entonces entre su vida y el mundo exterior, para ella del todo lejano y desconocido.

El circo, al despertar el eco dormido de las calles, despertaba también, en los repliegues de su mente, sueños olvidados, que iban surgiendo en tropel, como llamados por las campanillas de las cabalgaduras.

Laura era costurera. Ser costurera de ropa blanca es un oficio tedioso. Su mecánica labor permite a menudo apartar de ella la imaginación. Pero esto, para Laura, era un mal, porque, muchas veces, cuando sus pensamientos se atrevían a volar más altos, venía a engancharlos una hebra de hilo y los dejaba cruelmente enganchados a los respuntes. ¡Oh, el dolor de sentir clavada la imaginación, clavada el alma y hasta la carne en aquellas prendas incoloras y vulgares...! Y... ¿Cuántos años así? Ahora se daba cuenta Laura de que fueron muchos. Había sido toda su vida. Pero aquel día el bullicio de la caravana titiritera ha entrado en su indiferente quietud, armando un revuelo de anhelos dormidos y el hilo que los apresaba quedó definitivamente roto...

II

El circo se instaló en medio de la plaza. Con su gran tienda de lona llena de banderitas de colores y su profusión de luces, daba a las casas un aspecto alegre y nuevo. Laura decidió ir a verlo. Tomó su localidad y acudió un buen rato antes del señalado para la representación. En la pista varios hombres daban los últimos martillazos y colocaban sobre la arena una alfombra roja. Laura ocupó su asiento. Una extraña emoción la embargaba. Comenzó a leer el programa, impreso en una hoja de papel verde rabioso. Aparecían allí todos los números clásicos: El oso saltador de aros, el contorsionista, la pareja acróbata, con su salto mortal, los perros bailarines... Y de pronto sus ojos tropezaron con una tachadura, hecha a lápiz, a continuación del nombre del «gran malabarista Racini». Llena de curiosidad frotó con el dedo varias veces hasta conseguir borrar el lápiz y pudo leer estas palabras: «El gran malabarista Racini en su difícil ejecución: la mujer dibujada con cuchillos». ¿Qué sería aquello? ¿Estaría suspendido? Preguntó a un acomodador. Este la explicó que, por haber abandonado el circo la mujer que ayudaba al malabarista, se había suspendido aquel número. El circo comenzaba a llenarse. Ya sólo faltaban unos minutos para comenzar cuando Laura, que durante aquel tiempo había permanecido pensativa, se levantó y

salió con aire resuelto. Estaba decidida; hablaría con el director y le pediría que la tomara para sustituir a la que faltaba.

III

Comenzó la función. Salió el oso, grandote y pesado, el contorsionista, andando con las manos mientras sus piernas se hacían un nudo en el aire. Después los acróbatas, los perros amaestrados. Y llegó el número del gran malabarista Racini. Laura, vestida con un traje azul vivo, apareció tras él. Estaba algo pálida y temblaba. ¡Era tan extraño encontrarse allí! En medio de la pista sería el blanco de todas las miradas. Sintió vergüenza al pensar que podían hallarse entre el público sus dos únicas amigas, tan severas y asustadizas, o alguna de las señoras para quienes había cosido. ¿Qué pensarían? Seguramente que había perdido el juicio. ¡Bah! Después de todo, ¿qué la importaba? ¿No iba a dejar, dentro de unas

OTRA HISTORIA de CIRCO

Por MARIA LUZ MARTINEZ VALDERRAMA

horas, todo aquello? El malabarista sacaba, entre tanto, del fondo de un sombrero, una sombrilla y un abanico y otra porción de cosas que ella iba recogiendo maquinalmente. Al fin llegó el número extraordinario. Laura tenía que colocarse ante un bastidor de cacho y permanecer inmóvil, mientras Racini, a veinte pasos de ella, arrojaba los cuchillos. Era, en verdad, algo emocionante. El público seguía con ansiedad el raudo vuelo de los cuchillos y cada vez que uno de ellos venía a clavarse tan cerca de Laura que parecía rozarla, una exclamación admirada brotaba de todas las gargantas. Ella permanecía inmóvil y tranquila. Solamente al principio había recorrido sus miembros un ligero estremecimiento. Las hojas de fino acero comenzaron a clavarse junto a sus piernas y fueron subiendo hasta contornear los brazos, los hombros y la cabeza. Laura no sentía ningún temor; al contrario, una íntima alegría la embargaba. ¡Era maravilloso no tener que volver, a la mañana siguiente, a su monótono trabajo! Abandonar, ¡al fin!, la ciudad inmóvil. Marchar sin rumbo fijo. Cada día amanecer en un lugar distinto; ver, a cada sol, ciudades y gentes nuevas... Por eso los cuchillos no la atemorizaban. Al verlos volar, su corazón latía de prisa y sentía correr por sus venas una sangre caliente. No venían, al clavarse junto a su cuerpo, a dejarlo preso allí, sino que, cortando las ligaduras que lo unían al pasado, la liberaban, ofreciendo ante ella el amplio panorama del mundo...

IV

Pasaron días... meses... El circo que actuara una tarde en la pequeña ciudad de Laura, había recorrido otras muchas ciudades. A veces eran grandes y populosas. A veces chicas y silenciosas como aquella. Bañadas unas por el mar tibio del sur, azotadas otras por el aire frío del norte. El número de los cuchillos se presentó uno y otro día. Cincuenta, sesenta, cien veces había permanecido inmóvil, junto al bastidor, el cuerpo de la antigua costurera. Las primeras veces su corazón latió alocadamente. El riesgo de ver clavarse junto a él las armas afiladas y la ilusión de comenzar una vida nueva lo estimulaban y hacían palpitar con alegría. Al poco tiempo ya latía más pausadamente, porque